Aunque es de noche

Ángel García Galiano

¿Quién sabe más de la noche, de la pérdida, del anhelo infinito, del hambre, y no solo de pan: de sabiduría, de vuelo, quién lo sabe mejor: ¿el poeta, el mudejarillo, el senequita de la santa, medio fraile, o el pobre muchacho que trasiega bacinillas de pus de moribundos en el hospital de bubas de Medina? ¿Acaso el emparedado en el convento de Toledo, el místico enamorado que contempla el Eresma desde una oquedad mientras construye con sus manos el monasterio de su nombre que ahora, gracias al «robo del cuerpo santo» (Quijote I, 19), cuida sus despojos?

Pocos ignoran la anécdota: 13 de diciembre de 1591, Úbeda, noche cerrada, fray Juan ha recibido la extrema unción y los frailes que lo velan entonan el «Miserere mei, Deus» dispuestos a despedir su alma, ya agonizante; nuestro fraile (nuestro poeta), derrotado por la septicemia, infección causada por el roce de unos esparraguillos silvestres mal curada, camino del destierro, se agarra a la maroma con que se ayuda para incorporarse en el lecho y saludar a las visitas, y gasta sus últimas fuerzas para exclamar: «El cantar, hermanos, el cantar de los cantares, que mañana rezaré maitines en el paraíso», y arrobado por una extraña luz interior que le hizo proclamar, extasiado: «oh qué bellas margaritas», entregó su espíritu, quiero decir que se murió.

El mismo *Cantar de los cantares* que en la prisión fraterna de Toledo comenzara a recitar, por ver de conjurar su desolación, y en seguida a contrahacer, como lenitivo de su cruel cautiverio: lo tragó la ballena una fría madrugada de diciembre, mientras descansaba en el jergón de la casita del hortelano paredaña al Monasterio de la Encarnación en Ávila donde cuidaba y dirigía espiritualmente a la madre priora y las hermanas que así lo apetecieran. El papel de maestro interior de Teresa se evidencia hasta en el cambio y ligereza de su estilo: compárese *Camino de perfección* o el *Libro de la vida* con el vuelo aleve y alto de *Las moradas* para darse cuenta de la hondura descarnada y priva de golosinería espiritual a que condujo el poeta a la santa.

Otra anécdota: tras la famosa entrevista de Medina con Teresa en que fray Juan de santo Matía, antes Juan de Yepes, luego de la Cruz -tres nombres, tres vidas, tres maneras de sentir e interpretar el universo-, decide abandonar su camino hacia la Trapa para seguir el rumbo iniciado por la Fundadora, cuenta ella misma en una carta a su amiga Juana que decidió pedirle que le acompañara a Valladolid para aprovechar el trayecto y enseñarle al joven fraile egresado de Salamanca los rudimentos de su empeño reformador. «Para cuando llegamos a Valladolid

yo ya sabía que aquel muchacho iba a ser mi maestro», comenta la santa con humildad y finura psicológica. Con lo amigos que eran ambos de escribir, y de escribir epístolas, sorprende que apenas si conservemos un puñado de cartas intrascendentes entre ambos: pero me temo que la noche aciaga de diciembre en que se lo tragó la ballena el medio fraile y doble poeta quemó todo lo que pudo en el brasero, y lo que no se lo engulló mientras lo zarandeaban y, encapuchado y maniatado, arrastraban hasta el vientre toledano del cetáceo.

Seis años después, en Granada, de provincial de la Orden ya desasida del yugo calzado, vemos a nuestro poeta místico afanado en el huerto del convento, entre flores y frutales. En medio de la faena, que le colma de felicidad, lo visita el provincial de los jesuitas (a quienes tanto debe Juanito de Yepes, alumno nocturno para pobres de su Ratio Studiorum en Medina) quien, al verlo devanado con la azada y las tijeras de podar, exclama: «como se nota que vuestra merced es hijo de labradores», con la mera intención de excusar su pobreza original en la honrada casta de los cristianos viejos. Pero fray Juan de la Cruz es hijo de Catalina, una costurerilla de Fontiveros de origen morisco, y de Gonzalo, un judío converso de Yepes, rico comerciante, que fue expulsado de la familia y desheredado por atreverse a un matrimonio semejante. El disgusto, el destierro, la pobreza, hizo que somatizara un cáncer y muriera joven dejando a su esposa mudéjar con dos criaturas, Paco y Juanito, y un recién nacido, Luis, que se le murió de hambre en brazos de regreso a La Moraña, porque su cuñado, canónigo de Yepes y paniaguado de su iglesia, no quiso recibirlos y los dejó marchar por donde habían venido caminando.

Última anécdota: años de felicidad, descanso y creatividad a raudales. En su refugio de El calvario, en la sierra del Segura, fray Juan culmina sus Canciones pergeñadas en la celda toledana (pidió recado de escribir y se lo negaron, hubo de memorizarlas antes de dar el salto en mitad de la noche agosteña), las lee, las canta, se las cantan las monjas de Beas, guiadas por Ana de Jesús, a quién van dedicadas. Son canciones de amor y *éxtasis, de pérdida y reencuentro, de soled*ad y secreto, de dicha inefable; y la confidente y amiga es un alma enamorada del mismo aire de su vuelo. Un día le preguntó al amigo, al maestro, la bella madrileña: ¿y de dónde saca la inspiración para escribir estas estrofas? Respuesta del maestro, del amigo, del enamorado: «hermana, unas me las regala Dios y otras se me ocurren a mí».

Termino: fray Juan aprendió mucho, casi todo, de la noche, de la noche oscura, más hermosa aún que la alborada porque en ella se juntaron amado con amada, amada en el amado transformada. Una noche que manifiesta, que señala, con su *silbo* sonoroso, el cauce del venero del que mana la Fuente, la Fuente sin origen del que todo origen procede. Y aunque es de noche, Juan sabe, ve; el místico calla, no puede decir, pero el poeta no puede no decir, «toda ciencia trascendiendo».

Te dejo ya, lector discreto, con esta hermosa pieza silbable en tres jornadas y dos codas. Su autor conoce muy bien la vida del poeta, del místico, y ha elegido una serie de momentos fundacionales de su alma que pone en escena con una sensibilidad y un vuelo que ya casi no parecen de este mundo. Echa mano de personajes protagonistas y de un coro punzante, agónico, construye una obra llena de realismo y simbolismo a un tiempo, azogues trenzados en verso y canto. Una puesta en escena llena de gracia que (re)construye el alma del poeta, la des(a)nuda, la psico-analiza: es decir, puro teatro. Pura poesía.

Y ahora, silencio.